

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alferrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

CIENCIAS SOCIALES
Sección Cuarta

LA COMPRESION INTERNACIONAL Y LA PAZ

LICENCIADO ALBERTO GARCÍA GÓMEZ
Universidad Nacional Autónoma de México
Universidad Autónoma de Nuevo León

I. EN LA NO siempre diáfana significación de la terminología pacifista, *hecho* que conlleva, en la mayoría de los casos, especialmente en lo diplomático o según los intereses y las doctrinas en contraposición, más un anhelo o un deseo dentro de la particular circunstancia imperante y que constituye la realidad que se quiere expresar, interviene una fuerza que viene desde los orígenes del hombre, de su presencia y quehacer; dinámica impulsada por su desmedida ambición de poder, de dominio y riqueza —entre otros factores— con cada vez mayor poder destructivo, como así se desprende de las sangrientas páginas de la historia de la guerra.

Lo que antecede es posible advertirlo mejor cuando se trata de adecuar los conceptos del ayer a nuestra actualidad, los que permanecen empleándose constante e indistintamente dentro de dicha evolución. Así se pasa por varias etapas en el decurso histórico: del duelo personal al de grupos; del ejército a los ejércitos; de la guerra local a la mundial, hasta arribar en lo presente a la siniestra eventualidad exterminadora de una de tipo nuclear. Siempre se ha hablado de la guerra, pero la intensidad de ella ha venido creciendo más y más.

En los nobles y variados esfuerzos que se han venido realizando en el transcurso del tiempo para alcanzar la paz, se advierten en el campo de la semántica determinadas palabras cuyo contenido ha variado necesariamente. Tenemos, por ejemplo, la "comprensión", el "entendimiento", la "concordia", etc., las que inclusive han quedado plasmadas en la Carta de la Organización de las Naciones Unidas.

En el caso de la primera, se le considera en el tortuoso camino de la paz,

como la llave que puede abrir la puerta a su iniciación, sin olvidar el que la pura comprensión no puede constituir el único factor que resolviera toda la problemática pacifista tomando en cuenta su compleja naturaleza.

Desde luego en la variedad no muy abundante de ideas, doctrinas, teorías o aún actitudes que hay concretamente sobre este tema, se adoptan otras posiciones y puntos de vista, puesto que —arguyen— para llegar a la verdadera comprensión se requiere, como llevamos dicho, de múltiples factores en la por hoy remota posibilidad de que los hombres llegasen a comprenderse. Pero mientras los pesimistas o los escépticos rechazan *a priori* cualquier probabilidad a teorías pacifistas o aun esfuerzos que con naturales limitaciones o errores, tratan de ir contribuyendo con sus aportaciones a dar luz en las sombras de la ignorancia, o de quitar los “velos” que perturban la visión, los acontecimientos se han venido sucediendo hasta llegar a la presente situación en que la vida humana puede desaparecer de la faz de la tierra con científica precisión.

En otro aspecto, hay que reconocer, sin embargo, que dentro de lo complejo que resulta pensar en la paz, se han formulado ya principios rectores que han venido estableciendo orientaciones cada vez más apegadas a la razón del hombre y a su realidad, en la búsqueda de lo que puede brindar mejores y positivos resultados. Así, en la Constitución de la UNESCO, en su parte declarativa, se dice: “Que una paz fundada exclusivamente en acuerdos políticos y económicos entre gobiernos no podría obtener el apoyo unánime, sincero y perdurable de los pueblos, y que, por consiguiente, esa paz debe basarse en la *solidaridad intelectual y moral de la humanidad*.”¹

Al decir que la comprensión encierra muchos factores no solamente nos referimos a los de carácter psicológico, porque ciertamente hay que propiciar el clima que permita llegar a ella y es cuando surgen en ese amplio escenario valores tan importantes como son la justicia, la libertad, la seguridad, y lo que parece, en opinión de ciertos pensadores, la relevancia de lo económico sobre los demás factores ya mencionados. No obstante, ha pasado el tiempo de las disquisiciones, puesto que la paz, la paz que el mundo necesita exige una prioridad absoluta y todos los factores deben ser conjugados y dirigidos a ella.

Por lo que respecta a la *comprensión* y al *entendimiento*, como indis-

¹ Constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. *Organizaciones Internacionales no Americanas*. Instrumentos Constitucionales. Instituto Interamericano de Estudios Jurídicos Internacionales. Washington, D. C. 1964. p. 142.

tintamente se les emplea a ambos términos, no llegó a precisarse su determinación y su estudio a nivel internacional dio principio con una discusión en el seno de la UNESCO en 1945, al inicio de sus actividades.

En efecto, ya en estudio previo² se había indicado que dicha Organización había reconocido los devastadores efectos que no sólo en lo material, sino también en lo espiritual, había dejado la guerra, haciéndose notar que “aunque era necesaria la reconstrucción educacional de los países dañados por la guerra, entre los que se encontraban principalmente Polonia, Grecia y las Filipinas, lo que ciertamente había consternado a los delegados reunidos en Londres, era la contemplación de la devastación de los valores, tanto morales como espirituales, debido a los efectos de la guerra, así como por los del totalitarismo y la necesidad ingente del *entendimiento internacional* para la preservación de la paz en el mundo, el que necesitaba de una desintoxicación moral”. El Primer Ministro inglés Attlee denunció “la práctica totalitaria de poner una cortina alrededor de las mentes de los pueblos”.

Los participantes en la Conferencia de Londres reconocieron e identificaron los inequívocos términos de las causas educacionales y morales de la guerra, pero también estaba en sus mentes el papel positivo de que la comprensión internacional era necesaria acerca de una paz segura.

Conviene recordar que el último antecedente culturalista constituido por la UNESCO, se inició con solamente una vaga y esperanzadora presunción acerca de las relaciones entre la educación, el *entendimiento* y la paz. El término “entendimiento internacional” no se definió en la Constitución de este Organismo, como tampoco lo fue su significado en la Comisión Preparatoria, en las primeras sesiones de la Conferencia General. Sin embargo, análisis críticos de las relaciones entre el término “entendimiento” y el de “paz”, indican que éstos tomaron tiempo para ser desarrollados y comprendidos en su más aproximada significación.

Por lo que se refiere al término *entendimiento internacional*, era suficientemente amplio y vago para intuir, por lo menos, dos ideas diferentes. La primera, y que fue la que prevaleció, fue expresada por Lyman Bryson, de la Universidad de Columbia, quien en el verano de 1947 preparó un memorandum sobre este tema a instancias del Director General de la UNESCO.

Para este autor, la comprensión internacional significaba “una clase de

² GARCÍA GÓMEZ, Alberto. “La Universidad del Porvenir”. *HUMANITAS*, Anuario del Centro de Estudios Humanísticos. Universidad Autónoma de Nuevo León. Vol. III. 1962. p. 587.

conocimientos, una actitud, que guiaría a los pueblos de cada nación a sentir amistosidad frente a los pueblos de otras naciones y a cooperar en las empresas internacionales". Para otros, la comprensión internacional implica una actitud objetiva, una sobria comprensión de la conducta de otros pueblos, ya sea que éstos vivan como amigos o como enemigos.

Tal concepto descansa en el sentido de una comprensión de carácter intelectual. Sin embargo, el programa de la UNESCO no ha distinguido claramente entre estos dos conceptos.

De acuerdo con lo anterior, resulta paradójico que en un foro internacional haya habido tropiezos en la clarificación acerca del concepto de la comprensión y del entendimiento, lo que nos da una idea de la magnitud que encierra el propio entendimiento humano lo que nos recuerda el pasaje bíblico de la Torre de Babel.

Ya en la propia Constitución de la UNESCO,³ habrían de consagrarse los valiosos principios que la animan y en los que se emplean también las palabras *comprensión* y *conocimiento*, principios que, por su parte, revisten la mayor importancia para la causa de la paz.

Así, tenemos que en el documento citado se declara:

"Que puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz.

Que, en el curso de la historia, la *incomprensión mutua* de los pueblos ha sido motivo de desconfianza y recelo entre las naciones, y causa de que sus desacuerdos hayan degenerado en guerra con harta frecuencia..."

En otro párrafo de la Declaración, se concluye: "Por estas razones, los Estados partes en la presente Constitución persuadidos de la necesidad de asegurar a todos el pleno e igual acceso a la educación, la posibilidad de investigar libremente la verdad objetiva y el libre intercambio de ideas y conocimientos, resuelven desarrollar e intensificar las relaciones entre sus pueblos, a fin de que éstos se comprendan mejor entre sí y adquieran un conocimiento más preciso y verdadero de sus respectivas vidas".

En el artículo I, de Propósitos y Funciones, en el párrafo I, se habla de que:

³ Constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. *Organizaciones Internacionales no Americanas*. Instituto Interamericano de Estudios Jurídicos Internacionales. Washington, D. C. 1964. p. 142.

"1. La Organización se propone contribuir a la paz y a la seguridad estrechando, mediante la educación, la ciencia y la cultura la colaboración entre las naciones, a fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales que, sin distinción de raza, sexo, idioma o religión la Carta de las Naciones Unidas reconoce a todos los pueblos del mundo.

2. Para realizar esta finalidad la Organización:

- a) *Fomentará el conocimiento y la comprensión* mutuos de las naciones, prestando su concurso a los órganos de información para las masas: a este fin, recomendará los acuerdos internacionales que estime convenientes para facilitar la libre circulación de las ideas por medio de la palabra y de la imagen..."

Volviendo la vista hacia el pasado, los griegos —maestros de la Humanidad— habían ya captado las notas esenciales del concepto acerca de la comprensión; si bien, Gabriel Méndez Plancarte, el ilustre humanista mexicano —dentro de nuestro marco cultural— le daba una más profunda y generosa significación, adentrándose en sus esencias, cuando aconsejaban el contemplar al hombre con *sim-phatía* y *com-prensión*, o bien, dentro de una más humana aproximación, la "comprensión intuitiva".

Vemos que la etimología de la palabra comprensión, nos indica que está compuesta de "com", "com" en latín, "con" en español y de "prehendere", que viene de "pre" y "hendere", hender con anterioridad, junto a o en dirección de. "Pre", significa un momento previo, en dirección de otra persona; saber de antemano lo que pasa, entender, alcanzar, penetrar.

Por lo que a "entendimiento" se refiere, es otra palabra que también es usada indistintamente como sinónima de comprensión, como así hubo de observarse con anterioridad en las discusiones efectuadas en el seno de la UNESCO y en otras clases de estudios y publicaciones; vemos que en tal palabra la partícula final "miento", significa un sustantivo. Por ejemplo: detenimiento, que es la acción repetitiva de entender, igual a tender hacia dentro; ponerse tenso dentro de uno mismo, hábitos, tensiones de lo más profundo, el termómetro del hambre espiritual, cuando nuestro espíritu tiene esa hambre, entonces tendemos hacia los objetos o personas para comprender, para que nos den aliento. También, de acuerdo con los diccionarios de habla hispana, conocer, penetrar, comprenderse asimismo. Como se advierte de lo anterior, existe gran similitud en ambos conceptos, si bien la comprensión encierra un mayor grado de riqueza en su contenido y significación.

En la propia terminología pacifista, también figura la voz "concordia" y vemos que "cordia" viene de cor-dis, que significa con dirección a otro corazón o a otra persona. Es conformidad, unión.

Por último, la Real Academia de la Lengua Española,⁴ nos dice al respecto: "comprender: acción de entender y penetrar las cosas; *comprensión*: facultad de capacidad o perspicación para entender y penetrar las cosas. Conjunto de cualidades que integran una idea". Por lo que a entendimiento se refiere, la propia Academia la considera como "facultad de comprensión. El entendimiento y la razón son una misma cosa".

La original significación dada a la comprensión por los filósofos griegos fue de carácter psicológico, como facultad intelectual de poder captar las notas o esencias de las cosas y columbraron la posibilidad, a su vez, de hacer lo propio en relación a lo humano, pero no en dicha función aplicada en penetrar en la psiqué de otro hombre. En efecto, existe una notable diferencia en el grado de conocimiento de la balbuceante ciencia primitiva y los conocimientos actuales, que hasta han llegado al empleo de drogas determinadas para tratar de exponer a la luz el recóndito pensamiento humano.

La anterior incursión etimológica nos permite conocer más de cerca lo relativo a la naturaleza del concepto acerca de la comprensión, para tratar de analizar hasta qué grado ha sido llevada a la práctica —de haberse logrado— en el curso de la historia de las relaciones internacionales, guiándonos a formular dos interrogantes: ¿Estamos empleando palabras cuyo contenido ideológico resulta obsoleto en nuestra circunstancia presente? o bien ¿el concepto de comprensión va más allá de la realidad tangible dentro de lo humano para convertirse en una cuestión puramente ideal o mitológica?

En lo que respecta a la primera interrogación y colocándonos en el terreno de la realidad, se observa que si consideramos a la comprensión como elemento fundamental para el logro de la paz, vemos que no ha sido posible alcanzarla, tanto en lo que se refiere al pasado, como en el presente y existe fundada incertidumbre de que se alcance en lo futuro, si por comprensión hemos de pensar que el hombre ha penetrado en el hombre para mover su comprensión y, al hacerlo, evita el fermento del odio, de la venganza y de matar.

En otro aspecto, debemos considerar que la comprensión es un acto intelectual posterior al conocimiento, el producto de un proceso que se inicia con el propio conocimiento pero en el que intervienen también otros factores. El padre "ve" al hijo en una forma *sui generis*, se dice que lo ve con los "ojos del

⁴ *Diccionario de la Lengua Española*. Real Academia Española. XIX. Madrid. 1970.

alma y del corazón"; sin embargo, no ve de la misma manera a los hijos de otros padres, por más que simpatice con ellos.

En el anterior ejemplo es posible encontrar en juego no solamente la fría aprehensión intelectual, sino también la intervención de la parte sentimental y emotiva que complementa en forma total a la comprensión. No obstante, es necesario encontrar al sujeto que puede y sabe comprender y al sujeto que permite la comprensión, lo que resulta sumamente difícil, ya que la finalidad de determinados conceptos es lo que podríamos llamar la comprensión indispensable e inmediata para un gran número de actos que el hombre necesita en su vida de relación, pero no es ciertamente la profunda y necesaria que lleva a poder realizar una vida exenta de las pasiones que son radicales en la naturaleza del hombre.

Dentro del proceso comprensivo relacionado con lo humano, hubimos de notar que anterior a cualquier resultado, precisase del *conocimiento* y este último, a su vez, concatenado a una serie de otros procesos en lo que se repite la propia función intelectual, citada en la comprensión, la que se conjuga, además, con los factores sentimentales y afectivos. Dentro de esto último, se producen reacciones positivas y negativas, de atracción o de repulsión, respectivamente. Cuando el humanista Méndez Plancarte hablaba de contemplar al hombre con "sim-phatía", está predeterminando una actitud gobernada por la razón, la que en mínima o máxima participación, controla tales actitudes de simpatía o de antipatía en el trato con los demás.

Pero el hombre antepone a sus naturales impulsos de simpatía, de caridad o de humanitarismo, las diversas formas del egoísmo y de la conveniencia, dicese así del "calculador", tratando de velarlas bajo las más sutiles maneras o actitudes; ya sea de reserva o de abstención, o bien de fingimiento, aunque en determinadas ocasiones asoma la vieja sentencia *homo homini lupus* y entonces da rienda suelta a su instinto de odio. Tal acontece, por ejemplo, con el odio racial, diabólicamente experimentado por Hitler en su fobia contra los judíos; o bien de las manifestaciones racistas en contra de los negros de los Estados Unidos. ¿Por qué el color de la piel de un ser humano provoca el odio del que la tiene de color distinto?

Se conoce el odio mortal de Hitler a los judíos, pero se ignora con precisión el íntimo proceso que llevó a tan desequilibrado individuo a trascenderlo hasta las formas más refinadas de exterminio en contra de los que tuvieron el infortunio de sufrir sus paranoicos designios a través de persecuciones, deportaciones y aniquilamiento o de los experimentos genéticos del "ángel exterminador", Dr. Josef Mengele. Tampoco ha quedado debidamente escl-

recido el proceso psicológico, así como los verdaderos móviles que precipitaron la mano de James Earl Ray, el asesino de Martin Luther King Jr., quien de acuerdo con la información periodística,⁵ su personalidad está impregnada de odio en contra del "big nigger" —como así se expresaba de su víctima— agregando, al referirse a los negros, "que era necesario matarlos, matarlos a todos".

Lo dramático en la vida del hombre es que no concilia, en cuestiones de vital importancia y en la mayoría de los casos, su razón con sus instintos e impulsos. No se comprende asimismo, resultando que los conceptos que ha venido forjando, pueden tener o no vigencia; pueden perder fuerza en su contenido, o bien, en el peor de los casos, no tener significación real, sino solamente ideal, como creemos así acontece con los términos que hemos visto. Sin embargo, le han sido útiles a través de los siglos para manifestar un anhelo, un deseo: la paz, no obstante el choque de ellos contra la realidad y lo contradictorio de su propia condición humana.

Así las dos interrogantes formuladas con antelación en realidad están involucrando a la propia naturaleza respecto de la comprensión misma, la que a pesar de su valor semántico, lo sobrepasa proyectándose hacia otras áreas hasta llegar a la filosofía como ente ideal. No hay que olvidar que los humanos frecuentemente usan las palabras para ocultar sus verdaderos móviles, usando determinados vocablos que han producido grandes teorías y polémicas, como el de libertad, el de justicia, los que han brindado magníficas especulaciones sin que, por ello la conducta humana los haya acatado en la profundidad y extensión que fuera deseable.

II. En el plano de la comprensión internacional, nos encontramos con el hecho de que los hombres no viven aisladamente, ya que de acuerdo a su propia naturaleza, están vinculados por múltiples relaciones recíprocas, lo que así acontece en nuestro tiempo, sólo que con mayor intensidad, debido, principalmente, a las grandes transformaciones demográficas sociales, económicas, así como científicas y técnicas.

Teófilo Urdanoz⁶ ha escrito que "otra de las premisas básicas e innovaciones geniales de la doctrina de Vitoria, a la vez que contribución sustancial suya a la filosofía del derecho de gentes internacional, es el tomar *conciencia* de una realidad sociológica natural: la unidad del género humano en su origen, en su destino y en su naturaleza, que hace que todos los hombres for-

⁵ Revista *Time*. "The King Assassination Revisited", 26 de enero de 1976, p. 10.

⁶ URDANOZ, Teófilo, O. P. *Obras de Francisco de Vitoria. Relecciones teológicas* Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, MCMLX, pp. 570, 572 y sgtes.

men una familia universal cual es la humanidad, con lazos de solidaridad mutua. Pero la conciencia de esta realidad de humanitarismo y sus consecuencias sociales se había totalmente oscurecido en el mundo antiguo.

El exclusivismo nacional de los pueblos antiguos hizo perder casi del todo el sentimiento de solidaridad esencial de los hombres. Las naciones del antiguo Oriente no reconocían en los otros pueblos a sus iguales, sino casi siempre a sus enemigos, con quienes vivían en guerra perpetua y afán de sojuzgarlos.

Pero al irrumpir en el horizonte vital del Occidente los pueblos infieles del Nuevo Mundo, el problema de las relaciones con el mundo no cristiano en general, latente en los siglos medios, hubo de plantearse con carácter urgente. Y fue la conciencia de este nuevo hecho y de sus consecuencias humanas y jurídicas lo que llevó a Vitoria a ésta su innovación, sin duda la más audaz; la idea del orbe como comunidad universal de los pueblos, ya organizados en naciones libres, fundada sobre una base estrictamente natural y humana, y a cuya ordenación jurídica va a aplicar los principios del *derecho de gentes* de los romanos y de Santo Tomás, desarrollándolo con nuevas y fundamentales reglas internacionalistas.

Previamente —agrega el autor citado—, y como base negativa, ya le hemos visto rechazar los falsos internacionalismos medievales: el mito teocrático del dominio temporal del Papa y el imperialismo secular o monarquía universal bajo el emperador. No es que Vitoria rechace o menosprecie la *idea de la cristiandad*. La reconocía expresamente como especial unión de cooperación mutua y agrupación político-moral de las naciones cristianas bajo la dirección espiritual y potestad indirecta del Papa, e incluso como un ideal de confederación bajo un monarca supremo, según hemos dicho que enseña en la reelección *De potest. civile*. Lo que hace es integrarla en otra más amplia y de dimensiones ecuménicas, en la comunidad universal del género humano, concebida como un *nuevo orden internacional* integrado por los Estados nacionales cristianos y los Estados no cristianos recientemente descubiertos y que son considerados como naciones independientes. La venida de estos pueblos al horizonte del mundo civilizado y la necesidad de entablar intercambios comerciales y humanos con ellos ofrecía el hecho que se prestaba a nuevas reflexiones. Y sobre la base de la filosofía política tomista, Vitoria vislumbra en seguida esa realidad de la comunidad de naciones del mundo entero como el orden legal que debe presidir sus mutuas relaciones.

El profesor salmantino no se detiene en proponer al frente de este primer

título, el más rico en doctrina internacionalista e impregnado todo él de la concepción de la comunidad universal, esta visión suya de la *sociedad natural de las naciones*. Sólo en un lugar menciona dos veces la noción suya tan familiar del *totus orbis*, al señalar que basta "el consentimiento de la mayor parte del orbe" para dar fuerza de ley internacional a instituciones y determinaciones positivas del derecho de gentes (3e. prop. n. 4 fin).

Sin embargo, en todo el curso del largo título y de sus argumentaciones está demostrando esta comunidad internacional en sus *fundamentos*, cuáles son los múltiples lazos de la *sociabilidad natural* que unen a todos los hombres del mundo. Tal es el dato primordial que engendra la sociedad natural de las naciones.

Pese a tan prístina clarividencia de Francisco de Vitoria acerca de la unidad social de las naciones, éstas no la han llevado a cabo sino sólo en asociaciones realizadas a través de pactos para hacer la guerra. Los odios individuales trascienden a los odios colectivos y durante siglos, antes las naciones y posteriormente los Estados, han acabado en luchas cruentas "de todos contra todos", hasta llegar al presente, cargado de nubarrones de exterminio; en parte, por trasuntos atávicos —recordemos la milenaria frase de "pueblo nacido para la guerra"—, o bien por éstos y por la exacerbación de odios y falsos orgullos, mediante la inoculación de propagandas, hábilmente dirigidas, de "ideas motoras" que han arrastrado a los pueblos a aventuras suicidas.

El proceso de la individual al de grupo nacional, que es el Estado, como extensión del hombre, se encuentra en la vida de relación internacional por conductos interesados que son los gobiernos, los que no siempre reflejan el sentir nacional ni sus apetencias, sino sus fines políticos, económicos y de cualquier otra índole, hasta llegar a las "misiones trascendentes", o a las metas de mesianismo, como la conquista del mundo.

Los modernos historiadores han comenzado a advertir esos "movimientos profundos" que yacen en las sociedades de nuestro tiempo. Así, Pierre Renouvin,⁷ nos dice que las nuevas tendencias de la investigación histórica, que han acentuado el estudio de la vida material o espiritual de las sociedades humanas, han sugerido, en el dominio de las relaciones internacionales, una orientación totalmente distinta. En esa perspectiva, las relaciones entre gobiernos no son ya el aspecto más interesante; lo que importa es la historia

⁷ RENOUVIN, Pierre, *Historia de las Relaciones Internacionales*. Tomo I, Aguilar. 1960. p. X.

de las relaciones entre los pueblos. Pero esta historia presenta, de hecho, dos formas muy diferentes:

Unos se aplican, sobre todo, a estudiar las sociedades humanas en función del medio geográfico, las condiciones de la vida material, las estructuras económicas y sus cambios, los caracteres de las civilizaciones. Para ellos, estas *fuerzas subyacentes*, estos *movimientos profundos*, son los que, a su entender, explican la historia de las relaciones entre los Estados y los pueblos. ¡Nada importan los incidentes espectaculares o los *accidentes* que forman la trama habitual de la historia diplomática! Simple "agitación de superficie", dice Fernand Braudel. ¿Qué pesan los actos o los gestos de los hombres de Estado? *Polvareda de hechos diversos*. El esfuerzo llevado a cabo para reconstruir las etapas de una negociación sólo merece una irónica sonrisa. ¿Por qué perder el tiempo en contemplar estas maniobras, estas mezquinas habilidades?

Otros, como Federico Chobod, no creen que las condiciones económicas y sociales desempeñan un papel preponderante en las relaciones entre los pueblos. Los cuadros estadísticos, las gráficas, los diagramas no pueden descubrirnos el *secreto de la historia*. Las grandes *fuerzas históricas* son los sentimientos, las pasiones colectivas. Además, dichas fuerzas están ligadas, sobre todo, al temperamento, a las tradiciones, a la manera de pensar, cuyos orígenes resultaría muy arbitrario buscar solamente en las condiciones materiales de la vida. Para comprender las historias de las relaciones internacionales es preciso, ante todo, conocer esas reacciones mentales y esos estados de alma: desarrollo del sentimiento nacional, concepción de los intereses nacionales, cohesión moral en el seno de la población del Estado, imagen que cada pueblo se forma de sus vecinos, comportamiento de un pueblo ante la idea de la guerra como frente a los esfuerzos de aquellos que tratan de construir una *sociedad internacional*. El estadista, incluso cuando dispone de hecho o de derecho de una autoridad soberana, no puede escapar a estas influencias de la psicología colectiva y no puede actuar sin tenerlas en cuenta.

En nuestro tiempo hay, sin embargo, otras fuerzas actuantes. Desde luego, la dinámica de que hablamos al principio, la que, envolviendo al hombre moderno, lo precipita en todos los órdenes, agudizando más el ambiente propicio para lograrse una comprensión tan necesaria hoy como nunca, jamás para fundar los yacimientos de la pacificación del mundo en su probable última hora.

A las tradicionales causas de la incompreensión hoy aparecen otras nuevas. En nuestra modernidad se habla de las "brechas generacionales"; se trata de

enfrenar al sexo femenino en contra del masculino, lo que por hoy no parece tener mayor trascendencia, pero que puede convertirse en el fermento de una gran división y antagonismo entre importantes grupos nacionales, o sea el "desafío a la nación-Estado".

De acuerdo con los informes de la prensa internacional,⁸ así como las catedrales góticas, las tres más viejas naciones de la Europa Occidental fueron lentamente construidas con el paso de las generaciones y con esmerada dedicación que frecuentemente bordeaba en el fanatismo. El resultado actual es que en Londres, París y Madrid, arrolladores aparatos de gobiernos modernos están entronizados en concentraciones de poder que podrían haber sido la envidia de un emperador romano. Y como así fue en la antigua Roma, los centros de poder de Europa no han podido comprender una dimensión de cambio que tal vez puede llevar a trágicas consecuencias. La cara occidental de Europa —desde el sur de Escocia a Córcega y desde Inglaterra a Alsacia— está levantándose con espíritu renacentista en campañas de separatismo y regionalismo que no tienen precedentes en este siglo. La demanda es tan fuerte que no puede ser por más tiempo descartada como simple exceso de nostalgia folclórica.

Esos nuevos protestantes representan las naciones perdidas de Europa, sus tribus sumergidas y sus culturas desechadas. Son pueblos que expresan sus clamores en lenguas casi olvidadas y algunos están dispuestos a derramar sangre. A un grado significativo, también forman una punta de lanza para un más amplio y más difundido movimiento en Europa: la desavenencia de los gobernados por mandatarios que han sido avasallados y esclavizados por las complejas sociedades industriales. Más frecuentemente de lo que pudiera pensarse, los propios militantes están divididos y confusos acerca de sus metas, pero su campaña es dominante y su ímpetu es persuasivo.

En España, los terroristas vascos han ayudado a embrollar al régimen actual en la posiblemente peor crisis de postguerra, por los persistentes asesinatos de policías y guardias civiles.

En Francia, el descontento Corso ha llevado a provocar riñas entre la policía y los separatistas, mientras en Inglaterra los bombardeos y otros actos de violencia acentúan la creciente inquietud.

En Irlanda del Norte, la lucha trivial que ha cobrado más de 1,300 vidas en los pasados seis años, ha agobiado absurdamente, imponiendo desolación a toda una sociedad entera.

⁸ Revista *Time*, octubre de 1975, p. 6.

En la Gran Bretaña, los nacionalistas escoceses han alcanzado lo que el *Times* de Londres llamó una "sorprendente e inesperada victoria" en un consejo regional por elección, confirmando así su creciente fortaleza política.

En Bélgica, los rivales Valones de habla francesa y los Flamencos de habla holandesa, están observando una cautelosa tregua mientras disputan acerca de los detalles para una autonomía regional.

Estos movimientos separatistas siguen tomando mayor auge cada día y los sociólogos establecen diversas causas de tales agitaciones e inquietudes, entre otras, la necesidad de indentificación. Paul Sérenat, autor de *La France des Minorités*, lo ha dicho simplemente: "Por todo lo que los movimientos separatistas están peleando hoy en día, es grandeza".

Recapitulando, no es difícil deducir que cada día es más complejo el propósito, la meta acerca de una posible comprensión, ya que nuevos focos de peligrosas tensiones separan, antes que acercan al hombre de nuestro tiempo, fomentándose más la incompreensión. Se vuelve a hablar con desdén de la eventual "reforma moral de la humanidad" y el sueño de estadistas acerca de establecer los Estados Unidos de Europa parece cada día más irrealizable y así el hombre se precipita hacia su propia destrucción.

Sin embargo, la misión del espíritu no merece ese triste fin. Ha de llegar el día que —confiamos— se sobreponga e ilumine, para llegar a una positiva comprensión que realmente sea el umbral de la paz.